

## CAPÍTULO 1



### Los caminos del tiempo

**L**a séptima cubierta del Carro del Sol era uno de los lugares más hermosos de la antigua nave interplanetaria. Concebida en un principio como lugar de recreo para los tripulantes de mayor rango de la nave, había sido elegida por los condenados de Eldir para alojar a Uriel en su viaje de regreso a la Tierra. Por decisión de la niña, sus amigos compartían con ella aquel lujoso palacio-jardín. Eso les permitía disfrutar de cierta privacidad en medio del caos de la superpoblada ciudad flotante.

En pie junto a Casandra, Deimos contemplaba distraído el firmamento estrellado a través de una inmenso ventanal curvo. Un árbol procedente de los bosques negros de Eldir extendía sus brillantes ramas oscuras sobre sus cabezas. Parecía, más que una planta, un monstruoso coral de azabache. Costaba trabajo ignorar su lúgubre silueta.

—Jude dice que todo está a punto para enviar la nave de tránsito a través del agujero de gusano —anunció Martín,

acercándose—. Cuanto antes nos vayamos, mejor... Esa gente cada vez está más alborotada.

Cassandra asintió, sombría.

—Hay que comprenderlos —dijo, mirando de reojo al otro extremo del salón, donde Uriel conversaba animadamente con Alejandra—. Para ellos, Uriel es su salvadora. No pueden aceptar que ahora quiera abandonarlos.

—Gael tendría que hacer algo para intentar calmar a Hud —murmuró Martín—. Ese tipo se cree un iluminado; y entre los condenados de Eldir hay muchos que lo consideran un profeta. Podrías hablar con tu padre, intentar convencerle de que lo detenga...

Deimos alzó las cejas en un gesto de escepticismo que no intentó disimular. ¿Por qué insistían todos en que hablase con su padre? No quería hacerlo. En realidad, ni siquiera se sentía capaz de mirarle a la cara.

—Mi padre está muy ocupado reprogramando los controles de la nave para que funcione como una máquina del tiempo. Es mejor no desconcentrarlo. Además, aunque lo intentase, no creo que pudiese hacer gran cosa para controlar a los seguidores de Hud. Ellos siguen viéndolo como uno de los malditos de Cánope, aunque no lo confiesen abiertamente.

—Vamos, Deimos —dijo Martín, poniéndole una mano en el hombro—. De momento ha terminado su trabajo, Jude acaba de decírmelo... Deberías hablar con él.

Cassandra se volvió hacia otro de los ventanales de la cubierta situado a su derecha. Por aquel lado se veía el reflejo pálido y frío de la puerta estelar de Eldir.

—Cuesta dejarla atrás, ¿verdad? —murmuró—. Es difícil hacerse a la idea de que nunca regresaremos a Zoe...

—Quizá tú sí regreses algún día —observó Deimos con una melancólica sonrisa—. El único que sabe con seguridad que no va a regresar soy yo.

Martín lo miró con expresión de reproche. El rostro de Casandra reflejaba, de pronto, un profundo abatimiento.

—No tienes por qué viajar al pasado para ayudarnos, Deimos —le recordó con suavidad—. La decisión está en tus manos. Basta con que regreses a la Tierra un día después de que los perfectos envíen a tu hermano a través de la esfera. Puedes elegir...

—Vamos, Casandra, tú sabes tan bien como yo que eso no es cierto. Vosotros ya habéis vivido lo que para mí no ha pasado todavía. Martín, tú me has visto morir... Y los tres sabemos que el pasado no se puede cambiar.

—Pero eso no significa que no seas libre —objetó Martín—. Puedes probar a no ir al pasado, a ver qué pasa.

Deimos sonrió.

—Según Jude, eso podría crear dos universos alternativos. En uno, del que vosotros venís, yo viajo al pasado, y en el otro, no lo hago.

—Y, por lo tanto, no mueres —concluyó Casandra con un brillo de esperanza en la mirada.

Martín desvió la vista hacia el estanque de algas doradas del centro de la habitación. Se le veía incómodo. Deimos se dio cuenta de que su amigo no creía en aquella teoría de Jude acerca de la separación de los universos. Si no rebatía la conclusión de Casandra, era porque no deseaba entristecerla aún más.

Deimos buscó la mano de Casandra y se la apretó con fuerza. Procuró que su voz sonara lo más despreocupada posible.

—Ya estoy harto de que todo el mundo opine sobre lo que se supone que debo hacer —dijo con ligereza—. Como

si las mías fuesen las únicas decisiones cuestionables... ¿Qué me dices de las tuyas, Martín? Gael afirma que no puede convertir el agujero de gusano entre Eldir y la Puerta de Caronte en una máquina del tiempo que os lleve a un momento anterior al año 2128. Por lo visto, ese fue el año en que se terminó de construir la puerta...

—¿Y qué? —preguntó Martín—. Llegaremos tres años más tarde del año en que nos fuimos. ¿Cuál es el problema?

—Cuando abandonasteis Medusa, la ciudad acababa de ser atacada. Era el principio de una guerra entre las corporaciones... ¿Te imaginas cómo habrá quedado el mundo después de tres años de guerra?

—No seas tan pesimista, Deimos —le recriminó Casandra—. Seguro que la guerra ya habrá terminado para cuando ellos lleguen. En plena guerra, nadie se habría molestado en construir algo tan complejo como la Puerta de Caronte. Se habrían dedicado a otras cosas.

Deimos asintió, pensativo. No estaba dispuesto a iniciar una nueva discusión con Casandra.

—Ojalá tengas razón —se limitó a decir—. Pero, de todas formas, os encontraréis el mundo muy cambiado, Martín. La guerra habrá destruido ciudades, habrá matado a millones de personas... Entre ellos, probablemente a algunos de nuestros amigos.

Se interrumpió al ver que Alejandra avanzaba hacia ellos. Parecía preocupada.

—Uriel insiste en bajar al Ágora para dirigirse a la multitud —anunció en voz baja cuando estuvo a su lado—. Está segura de que podrá tranquilizarlos. Yo en cambio no lo veo tan claro...

De espaldas a ellos, la niña se columpiaba sobre un pie mientras contemplaba el holograma dinámico de Areté que

adornaba la pared opuesta a los ventanales. Se comportaba con tanta naturalidad como si se encontrase sola.

—Quizá sea una buena idea —dijo Martín, mirando hacia la pequeña—. Parece haber recuperado toda su seguridad. Gracias a ti, Alejandra...

La muchacha hizo un gesto negligente con la mano, como si aquella idea fuese tan absurda que ni siquiera valiese la pena discutir sobre ella.

—Tenemos todavía un par de horas hasta el lanzamiento a través del agujero de gusano —dijo—. ¿Qué os parece, le dejamos hablar?

Se miraron unos a otros, indecisos.

—¿Por qué no probar? —dijo Casandra—. Vale la pena intentarlo.

—Pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó Deimos—. Esa gente esperará que pongamos en escena un ritual, algo grandioso...

—Ojalá estuviera aquí Yohari —se lamentó Alejandra—. Él sabría cómo tratarlos. Al fin y al cabo, es uno de ellos.

A Deimos no le pasó desapercibida la sombra de celos que atravesó fugazmente los ojos de Martín. Sin embargo, cuando el muchacho habló, lo hizo de forma desapasionada.

—Yohari puede hacer más en Eldir que aquí —contestó con firmeza—. Allí hay que reinventarlo todo, y él es el más indicado para guiar a su pueblo en esta nueva etapa. Esto no es más que un pequeño alboroto de gente asustada. Lo importante es que nadie pierda la cabeza.

—Ya; para ti es fácil decirlo —replicó Casandra con enfado—. Dentro de dos horas estarás fuera de esta cárcel voladora. Y nosotros nos quedaremos aquí para lidiar con esa pandilla de lunáticos.

—Tú no tienes por qué quedarte —dijo Deimos, mirándola—. Puedes irte con ellos, si quieres. Estás a tiempo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Estás loco? Sabes perfectamente que no voy a dejarte solo ahora. Además, Jacob y Selene también van a quedarse. Por cierto, ¿dónde están?

—Han ido con Jude a darle los últimos toques a la nave de tránsito —contestó Martín—. A Jacob le encantan esas cosas.

—Ya —Alejandra sonrió—. Y también le encanta escaquearse cuando hay problemas.

Desde el otro lado de la sala les llegó la voz cantarina de Uriel.

—Bueno, ¿habéis terminado, o no? —preguntó con impaciencia—. Si no os decidís, iré yo sola a hablar con esa gente —añadió, caminando resueltamente hacia las altas puertas de bronce.

Aquello terminó de un plumazo con la discusión. Las dos chicas salieron corriendo detrás de Uriel, seguidas de cerca por Deimos y Martín. Ninguno de ellos quería correr el riesgo de dejar a la pequeña sola en un trance como aquel.

En el Ágora Central había mucho ruido, y el calor resultaba asfixiante. A pesar de su enorme tamaño, la plaza principal del Carro del Sol estaba atestada de gente. En el ambiente flotaba un fuerte aroma a incienso, que se mezclaba con el olor de los cuerpos sudorosos. Casi todos los presentes llevaban puestas sus túnicas ceremoniales blancas.

Desde una plataforma dorada suspendida con cuerdas de la cúpula, Hud, el antiguo profeta de la Hermandad de la Puerta de Caronte, arengaba en tono febril a la multitud.

—Quieren arrancarnos la Luz de la Palabra, pero nosotros no lo consentiremos —tronó al ver aparecer a Uriel en una de las puertas, escoltada por sus amigos—. Ellos son los culpables.

Su dedo índice, huesudo y tembloroso, apuntó acusadoramente al pequeño grupo. Uriel se adelantó a Casandra y Alejandra, que marchaban en cabeza, y caminó muy erguida hacia el centro del Ágora. La gente se apartaba a su paso, formando espontáneamente un pasillo. Deimos temió que los mismos que se inclinaban respetuosamente ante Uriel les impidiesen seguirla, pero nadie los estorbó hasta que llegaron a los pies de la plataforma flotante.

Los murmullos de la gente habían ido disminuyendo con cada paso que daba Uriel, hasta transformarse en un pesado silencio.

Antes de hablar, la supuesta profeta miró a la multitud con inocente perplejidad.

—¿Estabais hablando de mí? —preguntó—. Si es así, a mí también me gustaría decir algo...

Sus ojos se elevaron hacia Hud, que la contemplaba asombrado desde la plataforma.

Varias voces se alzaron desde distintos puntos del Ágora. —¡Déjala subir, Hud! —decían—. ¡Queremos oírla!

El anciano tardó unos instantes en reaccionar, pero finalmente activó él mismo el mecanismo que desplegaba las escaleras de la plataforma.

En medio de los susurros de la multitud, Uriel comenzó a subir peldaño a peldaño. Llevaba puesta una túnica azul turquesa, los rubios cabellos peinados hacia atrás y adornados con una resplandeciente diadema. Cuando Deimos y sus compañeros intentaron seguirla, varios hombres se adelantaron para impedirselo. Algunos de ellos iban armados.

Obligado a permanecer con sus compañeros entre las primeras filas de espectadores, Deimos siguió con los ojos el majestuoso ascenso de Uriel y los gestos de Hud para imponer silencio. Cuando lo consiguió, el vidente se hizo a un lado para dejar el centro de la plataforma a la pequeña.

Alzando ambos brazos con las manos extendidas, Uriel desplegó una radiante sonrisa dedicada a sus seguidores. Después, empezó a hablar. Deimos prestó atención al principio al rimbombante discurso de la pequeña, pero pronto se cansó de hacerlo. Había oído aquellas vacías fórmulas acerca de la Luz de la Palabra demasiadas veces. Eran las mismas que Dhevan repetía en las ceremonias más solemnes de Areté; las mismas que su propio padre le había explicado una y otra vez cuando solo era un niño. En los labios de Uriel sonaban más frescas y vivas que nunca, pero, aun así, seguían siendo solo eso, fórmulas.

Deimos pensó con añoranza en los tiempos en que aquellas palabras habrían logrado conmoverle. Para él, esa clase de entusiasmo no volvería a repetirse. En unos días abandonaría también el Carro del Sol rumbo a su antiguo mundo. Gael programaría el agujero de gusano entre las dos puertas estelares especialmente para él. Llegaría a Caronte cuatro meses antes del día de su partida. Desde allí, tardaría cuatro meses en llegar a la Tierra. Con la ayuda de Jude, Gael programaría el agujero de gusano y la nave de tránsito para aterrizar en la base espacial de los perfectos exactamente el mismo día en que se fue. De ese modo, Dhevan no notaría su ausencia y no lo relacionaría con la misteriosa desaparición de Uriel, ni con el viaje a Eldir de los Cuatro de Medusa. Aún estaría a tiempo de ganarse su confianza para lograr que le enviase al pasado junto con su hermano Aedh. A ese pasado que para él no



había ocurrido aún y en el que, según le habían contado, perdería la vida a manos de su propio hermano...

Se estremeció; no quería seguir pensando en aquello.

En la plataforma de oro, Uriel continuaba hablando. Muchos de los condenados escuchaban sus palabras de consuelo con lágrimas en los ojos. Era increíble cómo conseguía emocionarlos. La niña improvisaba con asombrosa agilidad, guiándose por los cambios de expresión que reflejaban los rostros de los espectadores. Deimos la había visto hacer lo mismo en la Tierra, durante las ceremonias de los Suplicantes. Entonces, incluso él se había sentido impresionado.

Parecía haber transcurrido una eternidad desde aquella época.

Se concentró en el discurso de la pequeña cuando la oyó afirmar con absoluta seguridad que volvería de su viaje en el tiempo.

—Vosotros y yo estamos destinados a reencontrarnos —dijo, paseando la mirada sobre aquella marea de rostros esperanzados—. Volveré, y, cuando vuelva, ya nunca más me separaré de vosotros. Solo os pido que tengáis paciencia y que preparéis el planeta para mi regreso. Es una misión difícil, pero estoy segura de que sabréis estar a la altura de mis esperanzas.

De reojo, Deimos observó la sonrisa levemente sarcástica que había aflorado a los labios de Casandra al oír aquellas palabras. También notó que Martín lo estaba observando a él.

Rehuyó su mirada, incómodo. Había demasiada tristeza en ella, y también una sombra de culpabilidad.

Podía imaginar lo que estaba pensando su amigo. En un par de horas se separarían, y Martín sabía que no volvería a verlo nunca más. Deimos sí lo vería a él cuando viajase al pa-

sado; pero, para Martín, eso era algo que ya había sucedido. Eso explicaba su tristeza. Interiormente, se estaba despidiendo de Deimos. Su expresión sombría era como un recordatorio del triste destino que le aguardaba.

Alzó los ojos hacia Uriel, exasperado. Estaba harto de pensar en lo que le esperaba. No iba a pasarse lo poco que le quedaba de vida obsesionado con la muerte. Quería disfrutar de cada minuto, y no ver caras largas a su alrededor.

Uriel terminó su arenga a los condenados con varias citas del *Libro de las Visiones*. Cuando dejó de hablar, estallaron algunos aplausos tímidos que Hud acalló en seguida con un imperioso gesto.

—El Ángel ha hablado —dijo, frunciendo exageradamente las cejas—. En su inmensa generosidad, acepta el sacrificio que le han impuesto. Pero nosotros no somos ángeles, hermanos. No tenemos por qué sacrificarnos. Hemos esperado demasiado tiempo la salvación para que nos la arrebaten de entre las manos. Y todo por su culpa...

Su dedo apuntó de nuevo al pequeño grupo que formaban Deimos, Casandra, Martín y Alejandra en medio de la multitud. Todas las miradas se volvieron hacia ellos. Algunas reflejaban indignación, otras miedo. El murmullo de las acusaciones, poco a poco, fue subiendo de tono.

—Esto se pone feo —murmuró Alejandra—. Tenemos que salir...

Deimos sintió una mano pequeña y áspera sobre su brazo. Se volvió, sobresaltado. Era Selima, la madre de Yohari.

—Venid conmigo —dijo—. Os sacaré de aquí antes de que la cosa empeore. Rápido, no hay tiempo. Hud está desbocado...

Selima los arrastró a través de la multitud hacia una de las galerías laterales del Ágora. Se movía con tanta rapidez,

que en apenas un minuto habían llegado a una de las puertas secundarias del corredor norte. Un par de individuos se habían interpuesto en su camino, intentando detenerles, pero Selima los había apartado con su confiada seguridad de anciana curtida en mil batallas.

—¿Y Uriel? —preguntó Alejandra, mirando hacia atrás—. ¿Qué pasará si la retienen?

—No os preocupéis —repuso Selima, guiándolos hacia una escalera de caracol que descendía al muelle de lanzamiento—. Gael tiene varios infiltrados entre la multitud. La sacarán de ahí a la fuerza, si hace falta. Pero no será necesario: Ninguno de los de ahí dentro se atrevería a hacerle daño.

—¿Ha sido mi padre quien te ha enviado a buscarnos? —preguntó Deimos.

Selima hizo un gesto afirmativo.

—Somos muchos los que estamos en desacuerdo con Hud. Pero la gente está asustada, y en momentos así pueden cometerse muchas locuras. Cuanto antes os vayáis con la pequeña, mejor.

Seguían descendiendo por el cilindro de paredes cobrizas. Los peldaños metálicos temblaban bajo el peso de los muchachos. Martín y Casandra marchaban en cabeza, seguidos de Deimos. Alejandra y Selima cerraban la marcha.

—¿Qué hará Hud cuando nos vayamos? —preguntó Alejandra volviéndose a mirar a la mujer—. ¿Crees que puede llegar a ser peligroso?

—Hud siempre ha sido peligroso. Ojalá estuviese aquí mi hijo Yohari. Él sabría cómo tratarlo. Debimos impedir que embarcara...

—Tenía derecho a regresar a la Tierra, como los demás —replicó Deimos sin detener su avance—. Pero quizá tengas

razón en lo de Yohari. Esta gente necesita un líder, y Gael es demasiado impopular para tomar las riendas.

Las escaleras terminaban en un recinto ovalado tenuemente iluminado por globos de gas verdoso. Desde allí, bastaba cruzar un par de controles para acceder a la zona de máxima seguridad donde les esperaban Gael y Jude.

Un rectángulo de cielo estrellado enmarcaba las figuras de los dos hombres. Algo apartados, junto a una de las consolas de mando, se encontraban Jacob y Selene, que conversaban en voz baja.

Todos alzaron la vista al oír entrar a los recién llegados, y sus rostros, incluido el semblante semirroboótico de Gael, reflejaron un profundo alivio.

—Menos mal —bufó Jacob—. ¿Cómo se os ocurrió meteros en ese nido de serpientes? Podían haberos matado.

—Uriel quería calmarlos, y no nos pareció buena idea dejarla sola —se justificó Alejandra—. Pero ¿cómo sabéis vosotros...?

Se detuvo al ver la holopantalla que le señalaba Selene. El monitor ofrecía una imagen en tres dimensiones de lo que estaba sucediendo en el Ágora.

—Uriel sigue ahí —observó Martín con inquietud—. Hud no parece dispuesto a apartarse de ella. No le permitirá venir...

—Dejad de preocuparos —ordenó la voz seca y levemente metálica de Gael—. La niña llegará a tiempo, mis hombres se encargarán de ello. Venid, quiero que veáis esto —añadió, señalando al gran ventanal—. El agujero de gusano está a punto de abrirse.

Los chicos se aproximaron intimidados al inmenso mirador espacial. El anillo de la puerta estelar emitía un tenue bri-

llo nacarado. Eldir y la enana roja Sahar quedaban justo detrás de la nave. Alrededor del anillo, solo se veían dispersos cúmulos de estrellas.

De pronto, un estallido de luz incendió la puerta. El firmamento palideció hasta volverse casi blanco. Solo quedaba oscuridad en el centro del anillo: un círculo de color azul profundo que reverberaba con destellos de plata.

—Ahí lo tenéis —anunció Gael, triunfante—. El camino hacia vuestro tiempo está despejado.

Todos contemplaban el espectacular fenómeno con ojos maravillados. Las palabras resultaban insuficientes para expresar lo que se sentía ante un espectáculo como aquel.

—¿Es el mismo agujero de gusano por el que llegamos hasta aquí? —preguntó Martín al cabo de unos minutos.

—Más o menos —repuso Gael—. Sigue siendo un túnel que conecta la órbita de Eldir con los confines de nuestro sistema solar, y llegaréis a la Puerta de Caronte, la misma por la que entrasteis. Pero, en realidad, no será exactamente la misma... Llegaréis a la Puerta de Caronte en el pasado, concretamente en el año 2128.

—Herbert habría dado saltos de entusiasmo si hubiese visto esto —dijo Jacob—. Una máquina del tiempo del tamaño de un pequeño planeta. Un túnel entre dos galaxias que se puede manipular a voluntad para llegar a la salida en cualquier época después de la construcción de la puerta. Por favor, Martín: prométeme que se lo contarás si llegas a verlo...

—Sabes que eso no es muy probable, Jacob. Medusa estaba siendo atacada cuando nos fuimos. Herbert...

—Sí; ya lo sé. Lo más probable es que esté muerto.

Los dos amigos se miraron con gravedad. Deimos suspiró, y espió de reojo los ojos empapados en lágrimas de Casandra.

Había llegado el momento de la despedida.

—La nave se pilota prácticamente sola —explicó Gael—. La hemos programado para que aterrice en Marte, donde la gravedad es menor que en la Tierra. Pero tendréis que ser vosotros los que introduzcáis las coordenadas exactas, después de hablar con los controladores locales.

Gael los invitó a pasar al hangar donde esperaba la nave de tránsito. Era un vehículo de forma icosaédrica, fabricado en una aleación metálica que Deimos no logró identificar. A través de su portezuela abierta se veía el interior acolchado, con cuatro asientos para los pasajeros.

Jude, que hasta entonces había procurado mantenerse en un segundo plano, avanzó hacia la nave y echó un vistazo a la cabina para asegurarse de que todo estaba en orden.

—El viaje a través del agujero durará apenas unos minutos —explicó—. Pero tened en cuenta que, una vez al otro lado, tardaréis casi cuatro meses en llegar a Marte. Lleváis agua y provisiones más que suficientes, aunque sé que odiáis las galletas de algas de Eldir...

—Sobreviviremos, no te preocupes —dijo Martín con una sonrisa—. ¿Cuándo debemos embarcar?

—Cuanto antes, mejor —contestó Gael—. El agujero permanecerá abierto unas diez horas, como mucho. Y tardaréis casi tres en llegar hasta él... Jude, ¿quieres ir a ver qué diablos pasa con esa cría?

Deimos observó la salida de Jude con el ceño fruncido. Era cierto que no se había esforzado mucho por restablecer la relación con su padre a su regreso del planeta Zoe, pero, a pesar de todo, le irritó que Gael tratase con tanta familiaridad a Jude, mientras a él fingía ignorarlo. Cualquiera habría pensado que su hijo era Jude...

El muchacho regresó en cuestión de segundos. Parecía intranquilo.

—Ha salido del Ágora —dijo—. Miro la trae hacia aquí, lo he visto en uno de los monitores.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara? —preguntó Gael—. Todo ha salido bien, ¿no?

—Yo no diría tanto. Venid; será mejor que lo veáis vosotros mismos...

Salieron todos del hangar y siguieron a Jude hacia el gran mirador transparente. La luz del anillo se había atenuado un poco y había adquirido una tonalidad violácea. Pero lo que Jude quería mostrarles no era eso... Su mano apuntaba a una larga galería de la cubierta principal, cuyos ventanales se veían a la izquierda, un poco por debajo de su puesto de observación.

Deimos distinguió, a través de las vidrieras iluminadas, las siluetas de cientos de personas apiñadas contra el cristal sintético. Algunas estaban golpeándolo con furia. En la distancia, resultaba difícil interpretar sus movimientos, que parecían desesperados.

—¿Quién es toda esa gente? —preguntó, volviéndose hacia Jude.

—Hud ha conseguido arrastrar a sus seguidores más fanáticos hasta el mirador —explicó el muchacho—. Están fuera de control. Quizá deberíamos sellar esa parte de la nave hasta después del lanzamiento...

En silencio, Gael se dirigió a una de las consolas de dirección y pulsó varios controles holográficos. Entre la inteligencia artificial que dirigía el Carro del Sol y el anciano científico se entabló un mudo diálogo a través de una rápida sucesión de hologramas.

En ese momento, en el umbral de la sala apareció Uriel acompañada de un hombre joven, marcado con una prótesis dorada que le cubría la mitad derecha del rostro.

—Hay que darse prisa —dijo el individuo dirigiéndose a Gael e ignorando a todos los demás—. Hud es capaz de cualquier cosa. Es posible que lo haya dejado herido. No había forma de quitarle a la pequeña...

Uriel, mientras tanto, se había reunido con sus amigos. De su expresión había desaparecido la radiante sonrisa del Ágora. Estaba temblando, y parecía atemorizada.

—Nunca creí que me despediría así de mis seguidores. Yo esperaba que... que mostrasen respeto, que aceptasen mi decisión... ¡Me siento como si estuviese traicionándolos!

—Es absurdo, Uriel —dijo Selene, intentando infundirle ánimos con su sonrisa—. Tú no les debes nada. Ahora no debes pensar en ellos, sino en ti.

—Pero ¿qué pasará cuando me vaya? —insistió la niña—. ¿Y si intentan vengarse?

—Aunque Martín se vaya contigo, quedamos los demás —rezongó Jacob—. Qué pasa, ¿no confías en nosotros? Te recuerdo que nunca hemos sido tan poderosos como ahora. Podemos sacar el máximo partido a nuestros implantes neurales; y todo gracias a Zoe...

Gael regresó junto a los muchachos. La parte humana de su rostro parecía más sombría que antes, y su único ojo orgánico brillaba más de lo habitual.

—De momento la situación está controlada, pero no podemos mantener las puertas del mirador cerradas demasiado tiempo. Cuando lo descubran, se pondrán aún más nerviosos... Tenéis que embarcar, chicos. Cada minuto de retraso empeora la situación.



Los ojos de Deimos se encontraron con los de Martín. No podían seguir retrasando la despedida.

—Cuídate mucho —le dijo Martín, abrazándolo—. Y no des nada por sentado... Ni tú ni yo sabemos lo que puede ocurrir.

Deimos asintió. No era el momento de discutir; ya no. Y no quería despedirse de su amigo con mal sabor de boca.

—Ten mucho cuidado con Hiden —le recomendó—. Protégete de él. No olvides lo mucho que te odia...

Ahora fue Martín quien hizo un gesto afirmativo con la cabeza, aunque el brillo desafiante de sus ojos indicaba con claridad que no pensaba ocultarse de su viejo enemigo.

A partir de ese instante, Deimos se embarcó en una vertiginosa sucesión de abrazos, besos, consejos dados y recibidos y apretones de mano en el último instante. Al besar a Alejandra, notó la humedad de las lágrimas en las mejillas de la muchacha. Casandra también estaba llorando. Incluso en los ojos de Jacob había un reflejo acuoso que, en un momento dado, él trató de eliminar frotándose enérgicamente los párpados. Durante todo aquel tiempo, Deimos consiguió que una parte de su conciencia se mantuviese indiferente a la escena, ajena a ella, como si no fuese más que un espectador casual. Necesitaba aquel distanciamiento. No quería que Casandra notase el desgarró que le producía aquella separación. Para él, era el comienzo de una larga serie de adioses definitivos. La despedida del condenado que sabe que se acerca su hora.

Comenzó la cuenta atrás. Uriel, Alejandra y Martín ya se encontraban en el interior de la nave de tránsito, y la voz de Gael les llegaba únicamente a través del intercomunicador instalado a bordo. En unos instantes comenzó la ignición. Las compuertas se abrieron y la nave salió disparada, dejando

tras de sí una ancha estela de residuos incandescentes. Su trayectoria quedó marcada en el cielo como el rastro luminoso de un fuego artificial. El rastro iba directo hacia el anillo, y, a medida que se alejaba del Carro del Sol, se iba volviendo más y más tenue.

Deimos miró hacia el ventanal del mirador donde, poco antes, se agolpaban cientos de personas. Ahora quedaban tan solo un puñado de siluetas inmóviles pegadas al cristal. Cuando la estela anaranjada de la nave de tránsito se apagó definitivamente, fundiéndose con la oscuridad del cielo, incluso aquellas figuras se fueron retirando. Al final solo quedó una: la sombra exageradamente alargada de un hombre encorvado con una blanca cabellera que le caía sobre los hombros. Hud, el vidente, seguía escrutando el firmamento. Quizá esperaba un milagro de última hora; o quizá estuviese contemplando mentalmente el desolado panorama que le ofrecía el futuro después de perder a Uriel.